

La propuesta bio-histórica-fenomenológica de la comunicación y su pertinencia para el análisis histórico de lo social

Vivian Romeu Aldaya¹

Resumen

en el texto se busca debatir sobre el fundamento ontológico de la comunicación, ya que su ausencia ha obstaculizado la inscripción del estudio de la comunicación en el conjunto de las ciencias sociales desde una perspectiva analítica propia. La propuesta bio-histórica-fenomenológica de la comunicación intenta subsanar esto a través de concebir la comunicación como un fenómeno expresivo de proyección subjetiva de significados, lo que implica un replanteamiento epistemológico sobre el fenómeno comunicativo que lo posiciona como central en el análisis histórico y constitutivo de lo social. Para ello nos centramos en la articulación sujeto-representación-expresión que es la que revela los significados como fundamento de la acción, y en específico de la acción social que funda sociedad.

Palabras Clave

Comunicación, expresión, significado, sociedad, ciencias sociales.

¹ UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

1. El por qué y el para qué de una propuesta conceptual alternativa sobre la comunicación

Aunque el estudio científico de la comunicación se inscribe en el ámbito de reflexión e investigación de las ciencias sociales, este impacta poco o nada en la comprensión de la sociedad como configuración, la acción social como elemento constitutivo de la historia y los sujetos como actores sociales que en su interrelación tensionan la articulación sistema-agencia, que es como puede ser descrita la lógica propia de lo social en su intrínseco movimiento interno.

En su lugar, el campo de estudios sobre la comunicación produce conocimientos que en su mayoría se concentran en el ámbito mediático, generando una especie de hiperespecialización que ha hecho equivaler erróneamente

el fenómeno comunicativo a todo aquello relacionado con los medios¹.

Esto ha supuesto reducir la pretensión del análisis social al análisis de los medios y redes sociodigitales, y además ha supuesto hacerlo bajo un enfoque que privilegia el impacto de los medios en los sujetos. Junto al predominio de esta direccionalidad (del sistema a los sujetos, donde el sujeto es, además, únicamente sujeto en el sistema), esto ha engendrado al menos tres premisas que restringen teóricamente el papel de lo comunicativo en la constitución histórica de lo social, a saber: que lo comunicativo se halla adscrito a lo mediático, que lo mediático es por sí solo suficiente para referir el papel de lo comunicativo en lo social, y que lo social es el sistema.

¹Aunque al interior del campo académico desde las dos últimas décadas del siglo pasado los temas se han diversificado, resulta abrumador la cantidad de trabajos que versan sobre tópicos vinculados de manera directa a los medios y ahora a las redes.

La propuesta bio-histórica-fenomenológica de la comunicación representa una solución a esta problemática ya que al devolver a los sujetos el poder de hacer la comunicación, centra el fundamento de lo comunicativo en el sujeto que dice, de manera que la comunicación se piensa como acto/acción del sujeto, y en concreto como acto/acción expresiva (Romeu, 2018; 2019). Ello da paso a una comprensión de la comunicación como fenómeno, práctica y condición humana² que contribuye a su vez con el problema de la conceptualización de la comunicación que ha sido materia de aguda reflexión por parte de algunos teóricos³ sin que ello haya logrado tener un efecto real en el necesario debate al respecto. En el estudio de la comunicación pesa una lógica instrumental, que formalizada a través de las categorías de código y “puesta en común” por una parte, e interacción-significación por la otra, han conducido al estudio de los resultados de la comunicación más que al de los procesos comunicativos. Desde esta lógica, la comunicación sirve para algo más que ella misma, es decir, sirve para generar entendimiento en el primer caso, e interpretación en el segundo; en ambos, se desplaza a la comunicación como objeto de estudio de la comunicación.

Para evitar este desplazamiento, se hace necesario centrarse en los procesos que son los que explican por qué hacemos con la comunicación lo que hacemos, o sea, por qué socializamos o interactuamos, transmitimos, significamos o producimos significación con la comunicación o por medio de ella; por lo general, desde el legado del campo de estudios sobre la comunicación resulta difícil explicar cómo

la comunicación hace lo que hace ni por qué. El grueso de las investigaciones en comunicación, incluso hoy en día, no permite dar respuesta a estas preguntas —que son importantes por sí mismas— y a nuestro modo de ver, además, es ello lo que impide la emergencia de un análisis comunicativo propiamente dicho.

Como consecuencia, el campo carece de categorías de análisis propiamente comunicativas para contestar preguntas como las anteriores, y la razón es que carece de un entendimiento propiamente comunicativo de los fenómenos que estudia, y esto es lo que le imposibilita concebirse como una dimensión constitutiva de lo social, a pesar de que participa en su configuración de manera relevante y precisamente en forma de proceso, es decir, en forma gerundia, pues estamos comunicando siempre. Lo anterior ha impedido comprender a su vez que comunicar es una función vital del sujeto, de manera que no se trata de algo ajeno a él, y tampoco ajeno a su acción, en particular la social. En ese sentido, el énfasis analítico en el proceso comunicativo no sólo contribuiría a entender el papel de la comunicación en la comprensión de lo social, sino también a instalar su campo de estudios en el tejido de las ciencias sociales por mérito propio.

En términos sociales, desde la propuesta bio-histórica-fenomenológica de la comunicación, la esencia del proceso comunicativo es la socialización misma, entendida como el proceso histórico, dinámico y pragmático de construcción subjetiva e intersubjetiva de sentido vía las relaciones sociales, y no solamente como el proceso de construcción de identidades colectivas que figura desde la sociología; por ello, la socialización se asume en este trabajo desde un enfoque semiótico pero también fenomenológico. Esto plantea a su vez la necesidad de incorporar al sujeto comunicante y su capacidad para producir significados o representaciones⁴, así como para usarlas en la comprensión de la comunicación en su manifestación más empírica y observable: en el acto/acción comunicativa,

²Hacemos la acotación ya que en otros trabajos (El fenómeno comunicativo, 2018 y Communication and Evolution, en prensa) hemos referido al fenómeno comunicativo como relativo a todos los seres vivos.

³Quizá los más relevantes de estos desarrollos están representados por los trabajos de: Berger, C.; Rolof, M.; Roskos-Ewoldsen, D. (2010). What is communication science?. Handbook of Communication Science: (pp. 3-20). Los Angeles, London, New Delhi, Singapore, Washington: Sage Publications; Chaffee, S. H. (2009). Thinking about theory. En Stacks, D. W. Salwen, M. B. (Eds.), An integrated approach to communication theory and research: (pp. 13-29). New York: Routledge; Donsbach, W. (2006). The Identity of Communication Research. Journal of Communication, 56 (3), 437-448; Peters, J. D. (2014). Hablar al aire. Una historia sobre la idea de la comunicación. México: Fondo de Cultura Económica; Sanders, R. E. (1989). The Breadth of Communication Research and the Parameters of Communication Theory. En King, S. (Ed.), Human Communication as a Field of Study: (pp. 221-231). New York: State University of New York Press; Swanson D. L. (1993). Fragmentation, the Field, and the Future. Journal of Communication, 43 (4), 163-173; Vidales, C. (2011). El relativismo teórico en comunicación. Entre la comunicación como principio explicativo y la comunicación como disciplina práctica. Comunicación y Sociedad, Nueva Época, 16, 11-45, Universidad de Guadalajara.

⁴Por una cuestión de economía expositiva, aunque no son lo mismo, en este texto las categorías de significado y representación aluden a información con sentido que es como nos interesa usarlas en función de los fines que perseguimos. Apelamos al término genérico de representaciones para referir a la información mental que construye el sujeto en su inevitable interacción con el entorno en el que se desarrolla su ciclo de vida. En el caso humano estos entornos son de tres tipos: físico, social y simbólico-cultural. De esta manera, asentamos una definición operativa de representación que consiste en concebirla como las formas y contenidos que sintetizan significados que configuran a su vez el mundo experiencial del sujeto que los construye, ya se trate tanto de significados propios como de significados colectivos.

que es precisamente de donde se abreva la definición de la comunicación como fenómeno expresivo que aquí proponemos.

Así, por una parte, al centrarnos en el proceso lo hacemos en el fenómeno, porque el proceso comunicativo busca entender lo que el sujeto hace para comunicar al interior de la propia experiencia de comunicación, y eso tiene que ver con la cognición, la significación y la expresión del ser comunicante⁵, de manera que es ello lo que se implica como fundamento para afirmar al proceso comunicativo como un proceso de socialización que se define por la constante circulación de sentido, de significados individuales y sociales en un tiempo-espacio determinado. Es a través de estos significados que el sujeto comunicante aflora en toda su complejidad biológica, psicológica e histórica⁶, pues en él se gestan y de él “salen” estos significados; además, los significados son aquello con lo que se comunica y justo por ello configuran la materia de la socialización. Para el campo de la comunicación, no obstante, el estudio de los significados es mayormente irrelevante.

En síntesis, como se puede ver, lo anterior constituye el fundamento —a desarrollar en este trabajo— de lo que aquí pretendemos demostrar: 1) que la comunicación es intrínsecamente un fenómeno expresivo, 2) que el estudio de la expresión implica el estudio de la significación en el nivel individual y en el social, así como su correlato enunciativo-discursivo, y 3) que precisamente ello permite afirmar a la comunicación como parte constitutiva de lo social históricamente posible. Dicho así, se allana el camino para comprender la comunicación como la instancia de proyección de los sentidos subjetivos e intersubjetivos que se disputan en la arena social configurando sociedad, gracias precisamente a ello. De ahí, para nosotros, su papel en el análisis histórico-social.

El desarrollo de estos planteamientos será organizado en dos apartados: el epistemológico donde a modo de premisas sentamos las bases del argumento a demostrar (esto se corresponde con el desarrollo de la propuesta bio-histórica-fenomenológica de la

⁵Por supuesto, esto no tiene que ver con los medios, que son más bien fiduciarios: rama, no tronco.

⁶Sugiere la necesidad de adentrarse en marcos epistemológicos y teóricos poco afines al campo de la comunicación y a las ciencias sociales en general, como son: las neurociencias, y la psicología y la ciencia cognitiva.

comunicación y el papel central que en ella adquiere el eje sujeto-significación-expresión, que es lo que contemplan los puntos 1 y 2 anteriormente descritos) y el metodológico que centra su atención en la relevancia de dicha propuesta para el análisis histórico de lo social (punto 3), ocupándose además de mostrar cómo las categorías conceptuales y analíticas de dicha propuesta lo permiten.

2. La propuesta bio-histórica-fenomenológica de la comunicación y su relación con el repertorio conceptual y teórico del campo de estudios sobre la comunicación

La propuesta conceptual bio-histórica-fenomenológica de la comunicación constituye una apuesta por reflexionar sobre la especificidad científica del estudio de la comunicación. Ello precisa de configurar el objeto de estudio de la disciplina que, tal y como han señalado Martín Barbero (2001) y Follari (2000) hace algunos años, así como Beltrán (1974) muchas más décadas atrás, está ausente de las preocupaciones del campo. Para estos autores, y para otros⁷, el problema del objeto de estudio en el estudio de la comunicación revela la presencia de una problemática de mayor envergadura: la ausencia de un debate epistemológico en torno a la comunicación que precisa también de su descripción ontológica; este último es un aspecto central pero ausente en el campo desde su institucionalización⁸.

Siendo que la comunicación no es una cosa, sino un producto y una práctica o acción del comunicar, ontológicamente tiene que configurarse como fenómeno, es decir, como algo que sucede en forma de experiencia, involucrando en ello los tres componentes constitutivos de un fenómeno: el sujeto y su capacidad perceptiva, por una parte; el carácter cognitivo de la relación que se establece entre estos

⁷Ver nota 3. Ello refrenda que se trata de una problemática de la propia constitución del campo, y no una que guarda relación con desarrollos regionales particulares, lo que a nuestro modo de ver evidencia que la problemática epistemológica y ontológica de la comunicación tiene su origen más allá de cualquier particularidad geográfica o cultural.

⁸Como es conocido, esta institucionalización se dio vinculada a los medios y articulada desde una especie de presupuesto de eficacia que encajó históricamente con el legado sociológico del control social heredado a su vez al estudio de los medios, rasgo quizá más sobresaliente del grueso de las investigaciones del campo. Precisamente hoy en día, la presencia de este legado —subvertido de cierta forma a partir de la influencia de los Estudios Culturales y ahora desde giro afectivo— ha cobrado vida nueva con el advenimiento de las redes sociodigitales.

dos elementos por la otra; y la realidad que se experimenta como marco donde se despliega dicha percepción⁹. La ausencia de una descripción ontológica de la comunicación impide comprenderla como un fenómeno, en otras palabras, como algo que se experimenta en tanto ocurre en la experiencia. En ello incide el desinterés del campo por incursionar en la fenomenología, las ciencias cognitivas, la biosemiótica, las neurociencias, la psicología cognitiva, entre otras disciplinas afines.

Entender la comunicación como fenómeno nos remite de manera automática al sujeto que experimenta: un sujeto humano, individual y social simultáneamente, que para aprehenderlo hay que entenderlo en tres dimensiones, no sólo en una, como se hace actualmente en el campo. Está la dimensión individual, única e intransferible del ser que cada quien habita y que es desestimada hoy en día en pos de la entelequia conceptual de la comunicación como lo que sucede entre al menos dos. También está la dimensión colectiva o social —que es la única válida hoy por hoy en el campo— que es múltiple, desigual, regida en buena medida por el poder e interseccional; y finalmente está la dimensión relacional, donde se dan cita desde el punto de vista histórico (constitutivo de lo real) la complejidad, diversidad y pluralidad de las relaciones que son posibles establecer entre una dimensión y otra porque los seres humanos vivimos en perenne tensión física y mental entre la dimensión individual y social de su ser.

Así entendida, la comunicación se evidencia como una acción o práctica humana, y en consecuencia, por su propia naturaleza proyectiva (de dentro hacia fuera del sujeto), como indesligable del sujeto que comunica, que es lo que la hace ser entendida como experiencia y por consiguiente como fenómeno. Esto constituye el primer paso para fincar su estudio de acuerdo al principio de realidad al que todo ejercicio científico se debe: el principio ontológico de la realidad que se estudia, tal y como lo pensara Zemelman (2009). Así, la consideración de la comunicación como fenómeno desestima su conceptualización como producto, efecto o mecanismo

“para” que son conceptualizaciones hasta hoy mayormente aceptadas y que han dado como resultado un cuerpo de investigaciones valiosas, pero puntuales, y desconectadas entre sí¹⁰. La propuesta bio-histórica-fenomenológica de la comunicación pretende subsanar esta insuficiencia, instalándose como modelo explicativo de la comunicación entendida como comportamiento expresivo del sujeto tanto a nivel individual como social, lo que configura una apuesta novedosa en su resolución epistémica y metodológica.

El campo de estudios sobre la comunicación no investiga la realidad de la comunicación debido a que parte de una descripción equivocada de lo que describe, y es equivocada porque no entiende su natural e intrínseca constitución fenomenológica¹¹. Aún y cuando se ampare en la idea de que la comunicación es un producto y una práctica humana, el campo entiende al sujeto humano desde los postulados de una suerte de “sociología de la sociedad sociológica”¹² que a través de sus premisas de racionalidad, poder y control social,

¹⁰Aquí se implica la tradición sociológica de los estudios de la comunicación centrada en los efectos, en concreto en los efectos de los medios. Esta tradición, por una parte, incorporada desde los inicios de institucionalización del campo, pero por la otra, revitalizada desde la dirección opuesta por la impronta de los Estudios Culturales en los estudios de audiencia, supone pensar la comunicación nuevamente desplazada de la comunicación misma, es decir, centrando su atención en lo que hace la comunicación a los sujetos, impidiendo pensar —tal cual es la propuesta de este trabajo— en la comunicación como una propiedad de los sujetos. El estudio de los efectos en el campo de estudios sobre la comunicación conceptualiza a la comunicación como algo ajeno a los sujetos que, no obstante, impacta desde fuera en los sujetos mismos. El estudio de los efectos de la comunicación, si bien constituye una rama de estudio sobre la comunicación —y bastante fértil, a juzgar por el legado del campo— no contribuye a entender al fenómeno comunicativo en sí mismo, pues desplaza la atención de lo comunicativo a lo interpretativo-cognitivo, y aquí se construye una equivalencia entre comunicación e interpretación que nos parece incorrecto. Las cuestiones relativas a la interpretación deben ser encauzadas desde las dimensiones semánticas y pragmáticas de los significados, y aunque vinculados, significado, significación y comunicación tampoco pueden ser considerados términos sinónimos. En ese sentido, los efectos de la comunicación y todo el bagaje teórico-empírico construido alrededor de este fértil tópico de estudios al interior del campo poco aporta a una discusión sobre la ontología de la comunicación como la que en este trabajo se propone. Ello, por supuesto, no significa negar su importancia al interior del campo, pero sí implica desestimar su utilidad en función de los propósitos a alcanzar aquí.

¹¹La comunicación no es un concepto o una categoría como el poder o la lucha de clases, que son categorías conceptuales, no empíricas. La comunicación es una categoría empírica; de hecho, es más que eso: es una categoría fenomenológica porque no tiene lugar sin el sujeto que la produce.

¹²Con este modo de nombrar, referimos a aquella sociología que entiende a la sociedad sólo como aquella instancia que subsume al individuo en el sistema social bajo dos etiquetas que cercenan la riqueza del hacer humano en la explicación de la constitución histórica de lo social: lo colectivo y lo estructural. En este trabajo se pondera un acercamiento al individuo para poder definir la comunicación en su intrínseco accionar experiencial, pero sin hacer de él una categoría para el análisis social desde la perspectiva comunicativa de análisis que aquí desarrollamos.

⁹Grosso modo, es esto lo que constituye el estímulo que configura la demanda por la respuesta expresiva del sujeto ante él. Para una referencia más clara al concepto de estímulo, se recomienda consultar el capítulo 2 de El fenómeno comunicativo, libro de la autora referido en la bibliografía de este trabajo.

ha arrastrado a la conceptualización de la comunicación por esos derroteros que son evidentemente ajenos a su esencia, a lo que es.

El hecho de que la comunicación históricamente haya estado vinculada a las humanidades debió haber servido de llamada de atención para comprender que este legado sociológico separaba a la comunicación del sujeto. Pero, históricamente, eso no fue posible y conocemos la explicación: la comunicación como campo de estudios nació atada a los medios y en una época en la que preocupaban de sobremanera, por novedosos, su papel y efectos sobre la sociedad; ello, que embonaba a la perfección con las teorías del control social, contribuyó con la desaparición del sujeto como tópico de estudio dentro de la comunicación, y cuando lo rescataron los estudios de recepción, lo trataron otra vez sociológicamente, es decir, desestimando su dimensión humana¹³, en franco alineamiento con las teorías de la acción racional y en general con el enfoque del individualismo metodológico.

Al hacer centro en el sujeto, el estudio de la comunicación como fenómeno no puede dejar de tomar en cuenta que lo individual y lo social se tensionan cuando el sujeto comunica, porque la materia prima de su comunicación constituye un conjunto de representaciones de diferentes grados de abstracción donde se funden los significados construidos a partir del mundo biográfico-experiencial del sujeto que abarca las dimensiones intra e interpersonal, y los significados heredados o bien construidos intersubjetivamente debido a la acumulación histórico-cultural en forma de valores, costumbres, leyes, tradiciones, identidades, etc. Ello permite recuperar para el estudio de la comunicación la dimensión humana que aportan las humanidades, sin desestimar el papel de la dimensión social, lo que precisa de un abordaje complejo e interdisciplinar que comprenda al sujeto humano tanto en su constitución biológica como en su constitución histórico-social, lo que creemos haber construido en la propuesta bio-histórica-fenomenológica de la comunicación.

¹³Y podría hablarse incluso de una dimensión humanista de la comunicación que se explora marginalmente hoy, aunque existe, desde la comunicación intersubjetiva, y también desde la mal definida comunicación asertiva y en menor medida desde la comunicación intercultural. Dentro de esta dimensión humanista de indudable vocación utópica, también cabría la posibilidad de inaugurar la comunicación emocional o afectiva, o la comunicación intrapersonal que es un fenómeno reconocido por la psicología clínica y teórica, incluso por las ciencias cognitivas, pero que el campo de estudios sobre la comunicación desestima e ignora.

Para nosotros, cada sujeto comunicante posee ciertas características y no otras; se trata al fin y al cabo de un individuo, es decir, de una persona de carne y hueso, diferenciada de otras, y que siente, piensa y actúa por sí misma en mayor o menor grado como cualquiera de nosotros; pero se trata de un individuo que además es un sujeto social, es decir, es una persona que se adscribe colectivamente a ciertos roles y grupos¹⁴. Así, la complejidad de lo humano no puede aprehenderse más que desde la interdisciplina, que es algo que el campo académico de la comunicación intuye al constituirse precisamente como campo, pero que en los hechos no explora reflexiva ni analíticamente.

Hemos de decir que aunque existen algunos reportes actuales que van visibilizando diagnósticos y soluciones teóricas a esta preocupación por parte de investigadores y estudiosos de la comunicación, en lo general es posible decir que hay una marcada ausencia de reflexiones epistemológicas y ontológicas sobre la comunicación al interior del campo que ha propiciado en los hechos una yuxtaposición entre ambas nociones que afecta el desarrollo de la indagación científica de la comunicación tanto en el ámbito de la investigación propiamente dicho, como en el de la enseñanza.

Concretamente, esta ausencia parece asumir erróneamente que la manera en que se concibe la comunicación, para estudiarla (epistemología), resulta equivalente a la manera en que se describe la comunicación como ente inscrito en lo real (ontología), y como se podrá apreciar, más que grave, esto resulta inadmisibles en términos científicos¹⁵. Epistemológicamente, la concepción de la comunicación como fenómeno demanda una descripción ontológica de la comunicación como acción y acto donde el sujeto deviene crucial, pues es ente que acciona la comunicación y actúa comunicando; esto requiere de poner el acento en su descripción biológica, lo que implica lo relacionado con el cuerpo y la vida que depende de su funcionamiento como materia viva. Sin embargo, como en el cuerpo se aloja el cerebro, es necesario incorporar lo mental en este nivel biológico.

¹⁴La adscripción se realiza de forma voluntaria —se escoge ser, hacer y pertenecer— o en automático —el sujeto no elige, sino que la sociedad asigna etiquetas a priori sobre quién es, qué hace y a qué pertenece—.

¹⁵Evidentemente esto parece deberse a que la forma de nombrar la disciplina y el fenómeno es la misma.

El cerebro es el órgano responsable de construir las representaciones sensibles, afectivas, lógicas y simbólicas¹⁶ (Merleau-Ponty, 2002; Moscovici, 2001; Gallagher y Zahavi, 2013) que permiten la percepción de la unidad cuerpo-mente del sí mismo (Damasio, 2015, 2016; Fuster, 2018; Mora, 2005) que se implica en primera persona o yo (Merleau-Ponty, 2002; Castilla del Pino, 2010) y que es desde donde el sujeto experiencia y comunica (Romeu, 2018; 2019). En ese sentido, la incorporación del nivel mental supone tanto el despliegue del mundo psíquico que es el mundo de lo afectivo-emocional-sensorial, ligado a cuerpo, como los mundos lógico, simbólico y lingüístico¹⁷ que son mundos que articulan simultáneamente al cuerpo con la mente y al sujeto (que es cuerpo-mente) con lo social.

Lo anterior evidencia que la complejidad humana, de la que también se inviste su comunicación, tiene que aprehenderse desde la relación razón-emoción, que es la que replica operacionalmente el par conceptual mente-cuerpo; de ahí la relevancia de las experiencias como lugar de esa reunión, y de ahí también el carácter significativo de la experiencia y su sustrato cognitivo que la postula siempre significada, aún de forma inconsciente (Di Paolo, 2009, 2015; Weber y Varela, 2002; Maturana y Varela, 2009; Damasio, 2015, 2016; Castilla del Pino, 2010; Merleau-Ponty, 2002; Gallagher y Zahavi, 2013).

Así entendida, la dimensión biológica del sujeto comunicante permite entender la manera en que se construyen diferenciadamente las representaciones o significados en la mente de cada sujeto. Se trata de un momento pre-comunicativo (la comunicación propiamente dicha es

sólo el “sacar fuera” esas representaciones) que abona al entendimiento de las condiciones de posibilidad de la comunicación al focalizar su atención en la manera en que el sujeto percibe el mundo que le rodea, e incluso a su sí mismo, y moviliza ciertas representaciones y no otras para responder expresivamente al estímulo que le demanda perceptivamente dicha respuesta. Y es que de la manera en que perciba el sujeto (Gallagher y Zahavi, 2013; Castilla del Pino, 2010) dependerá la forma y el contenido de lo que construya como representación, que es lo que posteriormente el sujeto usará en forma de significados para comunicar, para “sacar” esas representaciones hacia fuera (lo “público”¹⁸), donde se proyectan y disputan socialmente.

Visto desde este enfoque, el fenómeno comunicativo en su dimensión biológica se define como un fenómeno de la experiencia del *decir* que es individual porque no puede ser de otra manera, ya que comunicar refiere siempre al mundo representacional del individuo que usa esas representaciones precisamente para *decir* por sí mismo con ellas. No hay mundo comunicativo sin mundo de la representación pues se comunica lo que se representa; y no hay mundo de la representación, fenomenológicamente hablando, sin sujeto que experiencia y construye la representación.

Esta impronta individual del fenómeno comunicativo da al traste con la definición de la comunicación tal cual se entiende desde el campo y que la coloca como producto social, es decir, como algo hecho por/entre dos o más de dos. Desde la propuesta bio-histórica-fenomenológica de la comunicación desestimamos esa idea por incorrecta¹⁹ y la sustituimos por aquella donde la comunicación es un acto/acción individual por medio de la cual el sujeto expresa su sentir y su pensar haciendo uso de las representaciones que refieren a ese sentir y a ese pensar²⁰. En ese sentido, definir la comunicación como fenómeno del decir o fenómeno de la expresión implica dotar

¹⁶La fenomenología y la Nueva Ciencia Cognitiva postulan la experiencia del cuerpo situado como instancia de origen de todo significado. Las neurociencias y la psicología lo hacen enfáticamente desde la relación mente-cuerpo.

¹⁷Estos mundos operan desde el punto de vista de la razón inferencial, desde la perspectiva de la abstracción como máxima capacidad de representación y de síntesis; y finalmente, está el mundo del lenguaje, que va más allá de lo que el campo de la comunicación —ajeno a la lingüística, y mayormente reacio a los estudios del discurso y la semiótica— entiende desde una concepción instrumental, reduciéndolo a su rol operativo. Si entendemos el rol cognitivo y ordenador del lenguaje, quizá resulta más evidente que su naturaleza descriptiva —anclada a su capacidad y función representativa— resulta en realidad una epistemología en sí misma, una gran red (para decirlo en términos de Saussure) con la que se cubre toda la realidad, incluyendo al mismo sujeto que opera el lenguaje y que no entiende, asumiéndolo como natural, que el lenguaje ordena todo, es decir, nombra, clasifica, representa, jerarquiza. Por eso todo lenguaje tiene propiedades políticas, y por tanto epistémicas sobre la realidad: la social-histórica, pero también la natural, la personal y la psíquica, que apela al mundo afectivo con que describimos al otro por medio de la comunicación.

¹⁸Enfatizamos que la categoría de lo público no se toma en esta reflexión como ámbito del común o de interés colectivo, tal y como sucede en la ciencia política. El sentido que aquí damos a lo público es más bien lineal, en oposición a lo privado; es decir, lo público es lo que está fuera del ámbito mental del individuo, y en este caso aludimos a lo social.

¹⁹Un análisis detallado en torno a esta incorrección se encuentra en el libro *El fenómeno comunicativo*, referido en la bibliografía de este trabajo.

²⁰Esto, hay que agregar, nada dice (ni lo pretende) respecto a la sinceridad o correspondencia ética entre representación y expresión; como tampoco de las intenciones del sujeto comunicante al expresarse; menos de las habilidades y competencias del sujeto para alinear consciente o inconscientemente representación, intención y expresión. Esto último, por ejemplo, sería materia de una necesaria redefinición de la comunicación asertiva que además se enlaza con el papel sanador que se le otorga a la comunicación en la psicología

su conceptualización de una dimensión humana y biológica (corporal y psíquica) que revela su esencia individual ya que la comunicación no es algo que se encuentre fuera del sujeto, sino que es más bien una condición de existencia adaptativa del sujeto, o sea, una forma funcional de ser/estar en el mundo en el que vive (Romeu, 2018).

Comprender lo anterior facilita concebir que la comunicación no es más que el mecanismo vital por medio del cual el sujeto se expresa a sí mismo, concretamente a través de sus estados representacionales, lo que constituye una manera de ser y de estar en el mundo desde la cual se relaciona con él y con todo lo que en él habita. Además de permitir entender lo individual como una propiedad inherente a lo comunicativo, esto hace posible comenzar a pensar qué implica y cómo la comunicación desde lo social.

La dimensión social del estudio de la comunicación es la que permite dar paso al entendimiento de su papel en la dinámica de la sociedad, pero siempre a partir de su naturaleza subjetiva. En ese sentido, en la propuesta bio-histórica-fenomenológica de la comunicación se ajusta la idea ampliamente aceptada de que lo comunicativo es mecanismo de socialización²¹ y se sustituye por la idea de que lo comunicativo es más bien la instancia de socialidad en la que convergen las expresiones individuales de los sujetos, constituyéndose así ese proceso de convergencia en la socialización misma.

La comprensión de la comunicación como fenómeno expresivo, entendido como experiencia que tiene lugar por medio del *decir*, implica pensarla también como una *experiencia del decir* en la medida en que es a su vez un *decir de la experiencia*. En términos sociales, hablamos entonces no sólo de las experiencias individuales del sujeto, sino también

cognitiva y en general en áreas vinculadas con el acompañamiento emocional. Ver también nota 13.

²¹Este ajuste encuentra sentido cuando se entiende a la socialización como un proceso de incorporación de lo social (entendido como el mundo de lo autónomo, de lo estructural) en el individuo, que es como mayormente se asume desde la sociología y en particular la llamada sociología comprensiva. De esta forma, la socialización es concebida como un proceso de internalización de valores, significados, normas, costumbres que constituye la base para la adscripción social del sujeto, de manera que este proceso apunta una direccionalidad distinta (de la estructura a los individuos) a la que aquí proponemos desde la comprensión de la comunicación como fenómeno expresivo (de lo expresivo individual a lo colectivo social). Desde esta perspectiva, lo comunicativo puede ser entendido como socialización, siempre y cuando se entienda a la socialización como proceso de relaciones significativa entre sujetos. Esta forma de entender la socialización la nombramos como socialidad para evitar hacer confusiones innecesarias.

de aquellas que vive y significa colectivamente en relación con otros sujetos, y cuya situacionalidad es siempre histórica. Por ello, la relación social es susceptible de construir experiencias y representaciones con carácter intersubjetivo, compartido y público en tanto parte del común.

Así, en la arena de las relaciones sociales, la convergencia de las *experiencias del decir* de cada sujeto (expresiones subjetivas, acción expresiva) a través del *decir representacional de dichas experiencias* (representaciones diferenciadas donde una expresión cobra forma y contenido concreto) visibiliza una situación de interacción²² en la que lo subjetivo no queda subsumido en lo intersubjetivo o social²³. Para la propuesta bio-histórica-fenomenológica de la comunicación el sujeto no deja de ser individuo cuando se relaciona con otro sujeto, ni el resultado de dicha interacción constituye una comunicación entre dos. Desde el punto de vista social, para la propuesta bio-histórica-fenomenológica de la comunicación, esta ocurre cuando los individuos se expresan subjetivamente *ante o por* otros (no entre unos y otros); de ahí la idea de socialidad para inscribir a la socialización como categoría de acción de lo comunicativo (Romeu, 2019). Teniendo esto en cuenta, la propuesta bio-histórica-fenomenológica de la comunicación la define como un acto/acción expresiva individual y subjetiva a través de la cual el individuo se proyecta hacia fuera, a la manera de un afirmar vitalmente su existencia por medio de su *decir*. Como en situaciones de interacción social este *decir* contribuye a configurar un ámbito de convergencia expresiva (cuando la expresión de un sujeto responde subjetivamente a la expresión del otro, y viceversa) donde tiene lugar la interacción comunicativa entre dos o más sujetos, esta es por ello gestada justamente desde las posiciones individuales de cada uno de los sujetos antes y durante la interacción²⁴ en

²²Esta idea podría pensarse en aras de determinar a la comunicación como una dimensión o como un nivel del análisis social.

²³Esto marca una diferencia nodal entre la propuesta que presentamos y los postulados del Interaccionismo Simbólico.

²⁴La interacción comunicativa, así vista, no constituye un mecanismo de intercambio de información y significado, sino más bien un fenómeno de convergencia expresiva donde cada individuo se relaciona con otro a partir de las expresiones volcadas en la relación. Esta afirmación se sostiene en el hecho de que —contrario a lo que normalmente se asume— como los actos comunicativos tienen un carácter esencialmente individual, la interacción comunicativa no puede definirse a través del “intercambio” de los significados (en todo caso, esto sería una consecuencia de la interacción social, no de la interacción comunicativa en sí), sino más bien por medio de la convergencia expresiva de los “hablantes” que precisamente tiene lugar mediante un proceso secuencial y alternado de expresiones donde la expresión de un

tanto dichas posiciones —biológicas e histórico-sociales— vertebran la forma y el contenido de las representaciones implicadas y disputadas por ellos.

Claramente, se trata de una disputa por la posesión, legitimación, conservación y reproducción social del sentido pues los sujetos hablan por sí mismos como individuos, pero también como sujetos sociales; por ello, socialmente hablando, hablan también por sus grupos de adscripción identitaria con quienes comparten representaciones. Esta intrínseca naturaleza subjetiva o individual de la comunicación, entendida aquí como expresión, es quizá la razón de la conflictividad intrínseca de la comunicación; una conflictividad que evidencia la imposibilidad lógica del diálogo y del entendimiento²⁵ en los procesos de convergencia expresiva, a su vez signados así por el desacuerdo.

Es por ello que en situaciones de interacción social, la comunicación admite ser pensada como un proceso social de convergencia expresiva, esto es: de proyecciones individuales de representaciones subjetivas e intersubjetivas que adquieren carácter histórico y social porque ocurren precisamente en la relación histórica del sujeto comunicante con otros sujetos, y al calor de la disputa por las representaciones en un espacio-tiempo concreto. Como se puede apreciar, lo anterior evidencia dicha disputa como una por la configuración de un orden simbólico determinado donde la comunicación, precisamente, constituye el mecanismo de disputa en cuestión.

En el apartado que sigue se busca exponer cómo la disputa por el poder simbólico que tiene lugar continua y cotidianamente en la comunicación se halla estrechamente relacionada con los procesos de producción, reproducción y transformación de lo social; es lo que hemos llamado en este trabajo el nivel metodológico de la propuesta bio-histórica-fenomenológica de la comunicación.

individuo deviene umbral o escenario para la expresión del otro, siempre teniendo en cuenta que las motivaciones e intereses iniciales que llevan a un individuo a interactuar con otros pueden sufrir modificaciones en el transcurso de la interacción.

²⁵La idea del diálogo y el entendimiento de la comunicación, construida alrededor de la noción de “puesta en común” se articula a su vez alrededor de la noción de código, un viejo e imprescindible elemento de las tesis instrumentalistas que aquí se corrigen.

3. La propuesta bio-histórica-fenomenológica de la comunicación como dimensión comunicativa del análisis histórico de lo social

La necesidad de acometer la tarea de la descripción ontológica de la comunicación arrastra también la necesidad de su replanteamiento epistemológico. Hemos explicado de forma muy breve las razones de ambas necesidades y la pertinencia de una reconversión conceptual en función de construir una perspectiva comunicativa de análisis que permita posicionar a la comunicación como una vía de acceso al análisis histórico de lo social. Como hemos intentado demostrar, ambas necesidades han sido satisfechas a través de la propuesta bio-histórica-fenomenológica de la comunicación que la concibe como una función adaptativa del sujeto a su entorno y en ese sentido como un comportamiento, es decir, como una acción con sentido para el sujeto que la ejerce en términos de su gestión de vida.

Genéricamente, esta acción con sentido se define como expresión en la medida en que a través de ella el sujeto afirma su existencia en el mundo, como sucede con el pensar y el sentir. Desde esta perspectiva, el comportamiento expresivo configura una experiencia en sí misma, que es lo que hemos definido como experiencia del decir, y lo hace desde el decir de la experiencia misma. O sea, la comunicación es un fenómeno porque ocurre en la experiencia del decir, misma que tiene lugar mientras sucede.

Este doble lazo de la comunicación que sucede con todas las experiencias vitales, sugiere entender que la categoría de comunicación no resulta similar, ontológicamente hablando, a otras categorías como el poder, las relaciones sociales o la cultura. Se trata de una categoría que está indisolublemente ligada al sujeto que experimenta y por tanto resulta imposible entender la manera en que opera sin entender el vínculo que establece con el sujeto; vínculo que primero hay que situar en el ámbito mental, es decir, en el lugar donde el proceso de percepción-cognición permite informar de la relación mente-cuerpo, y luego en el del decir (o el de la expresión) ya que es fundamental para entender cómo construye el sujeto las representaciones que posteriormente usa para comunicar por medio de significados y/o paquetes de significados. Vista

así, la comunicación opera básicamente desde el ámbito mental, lo que la define como función adaptativa²⁶ del sujeto al entorno ya sea físico, social y simbólico-cultural, y esta función se ejecuta por medio de las representaciones que, entre otras cosas, le sirven al sujeto para comunicar, es decir, para expresar, que es definitivamente una forma de expresarse. Dichas representaciones se forman a partir de la capacidad del cerebro para asociar recurrentemente una sensación o una percepción con un sentido o una atmósfera de sentido específico, postulado que ha sido refrendado empíricamente por la Nueva Ciencia Cognitiva (Di Paolo, 2009, 2015; Weber y Varela, 2002), configurando así con el tiempo patrones mentales que se van agrupando a lo largo de nuestra experiencia a la manera de esquemas representacionales que sirven como modelos de cognición (Varela, 2005) desde los cuales el sujeto se aproxima al mundo para gestionar su vida en él.

Como se puede ver, gestionar la vida es sobrevivir en el mundo en el que toca vivir, y esta sobrevivencia es precisamente la que configura el mundo de la acción. En particular, la acción comunicativa se entiende como adaptativa en la medida en que a través de la expresión el sujeto modula la gestión de sus representaciones, que no es otra cosa que la gestión de su modo de entender el mundo y entenderse como ser viviente en él. De esta forma, resulta claro que cuando un sujeto gestiona sus representaciones lo hace para generar un entendimiento del mundo y de su sí mismo que le permita sobrevivir en él, y cuando las usa para expresarse dicho entendimiento configura lo que el sujeto es por medio de lo que el sujeto dice²⁷.

Las representaciones del sujeto son al menos de dos tipos: las que construye desde su experiencia como sujeto individual y único en el mundo²⁸, y aquellas que construye como sujeto

²⁶Según las neurociencias, la mente es una función del cuerpo, y su funcionamiento tiene lugar a través de la cognición que involucra lo sensorial, lo emocional, lo afectivo y lo racional. Para mayor información se recomienda consultar las obras de Damasio, Di Paolo, Maturana y Varela, referidas en la bibliografía de este trabajo.

²⁷La comunicación de un bebé a través de su llanto afirma su existencia y reclama atención para su supervivencia; de la misma manera, pero desde otro lugar, la comunicación de un experto en el cambio climático afirma la existencia del experto como experto y lo sitúa en una posición de sobrevivencia fincada en su saber que lo hace más apto para entender la problemática ambiental, y eventualmente sacar ventaja de este entendimiento en su propio provecho.

²⁸Desde las neurociencias, estas representaciones se organizan alrededor de un sistema innato de representaciones disposicionales que informan al sujeto de lo que está bien y está mal para su bienestar fisiológico (Damasio, 2015);

social e histórico, en plena relación con el mundo social a través de los procesos de socialización. Ambas aparecen mezcladas en la mente del sujeto de manera que este habla o dice a partir de una amalgama de representaciones propias y heredadas que son en esencia lo que configura su subjetividad. Es esa subjetividad la que lleva a cuentas el sujeto en todas sus acciones y prácticas pues no puede ser de otra manera: eso es lo que el sujeto es, un ser subjetivo, de manera que su actos y acciones también lo son. La comunicación no constituye una excepción a esta regla. Cuando el sujeto se enfrenta a gestionar su vida desde la relación con el otro, gestión por demás inevitable, lo hace siempre desde su subjetividad. Pero como esta subjetividad se va poco a poco construyendo también en relación, hay que admitir que constituye un proceso que se intersubjetiviza de alguna manera al incorporar las representaciones de los otros; ello termina por configurar un universo de representaciones compartidas, intersubjetivas e históricas desde las que se constituye el presente simbólico común desde el que va sucediendo la realidad social, a la manera de una superposición e intersección de modelos de cognición.

En síntesis, se trata de representaciones que pugnan constantemente por el poder simbólico, que es el poder de representar y representarse el mundo y la sociedad. Un ejemplo claro al respecto se observa hoy en día en el movimiento de mujeres, cuyas representaciones sobre la mujer y sobre la necesidad de una vida sin violencia contra la mujer encuentra resistencia respecto de las representaciones heredadas del sistema heteropatriarcal; lo mismo pasa con concepciones más abstractas como las de populismo y democracia, concepciones que actualmente están en boga.

Entender que las representaciones son construcciones mentales de los individuos que, en lo que respecta a lo social, se construyen intersubjetivamente (desde lo que se comparte de forma subjetiva ya sea a través del contexto o bien de la memoria histórica), supone a su vez entender que estas representaciones son diferentes y se agrupan diferencialmente en función de las formas y los contenidos concretos que adquieren en términos de la relación sujeto-representación. Y como esta relación sucede en la experiencia del vivir social que funda sociedad, es decir, realidad social concreta, su

sin embargo, esta tesis precisa se completarse con los desarrollos actuales de la psicología cognitiva y la bioneuroemoción que plantean que este bienestar fisiológico está además estrechamente vinculado con el bienestar emocional.

resultado resume las propiedades de dicha experiencia en forma de significados que son indicativos de esta, y que son los que sirven de base a la acción, en particular a la acción social, misma que —desde la propuesta aquí resumida— es esencialmente comunicativa.

La acción comunicativa es la acción de la socialidad más básica de ser, incluso la más intuitiva; de manera que se instituye así en la acción de todas las acciones. Desde el punto de vista social, la acción comunicativa se define en términos del proceso de convergencia expresiva, pues no se trata de referir aquí la acción comunicativa desde la ética argumental de Rawls, Habermas o Apel, que son aproximaciones valiosas pero inoperantes, justamente por su valor normativo, para el análisis histórico-social que demandan las ciencias sociales²⁹.

Desde la propuesta bio-histórica-fenomenológica de la comunicación, al asentar a la comunicación como un fenómeno, estas aproximaciones normativas pierden sentido para dar paso a otras de carácter empírico, ontológico más que teleológico; por ello es posible entender la acción comunicativa como una especie de “bullicio conversacional”, es decir, como la amalgama no necesariamente ordenada y potencialmente conflictiva de subjetividades que se expresan a través de las distintas representaciones implicadas, configurando significados que resultan similares y también diferentes a otros y que se disputan precisamente porque disputan el orden simbólico que da sentido a la vida, disputando el modelo de cognición desde el que entienden el mundo los sujetos y grupos sociales.

Es precisamente este bullicio conversacional el que hace posible lo social (Romeu, 2019) ya que el bullicio es indicador de amalgama y disputa, de superposición y yuxtaposición de expresiones, y de dominación y subordinación de unas representaciones a otras. Todo ello se da por medio de la comunicación que es la forma en que las representaciones y los modelos cognitivos en las que se integran *se dicen* a través de la expresión de los sujetos donde precisamente *las usan para decir*. Ello supone que las representaciones sólo son disputadas a partir de su proyección pública, es decir,

²⁹Desestimamos este abordaje en la discusión propuesta debido precisamente a que los enfoques normativos sobre la comunicación, al ser precisamente normativos, configuran las condiciones para una comunicación abstracta e ideal. Como se puede ver, la propuesta que aquí se defiende describe y opera en un plano concreto, esencialmente fenomenológico e histórico, ajeno al ideal de la comunicación dialógica que suscriben los enfoques normativos.

desde los procesos de convergencia expresiva que tienen lugar necesariamente en lo social, de manera que en tanto proceso histórico, esta disputa se caracteriza por ser no sólo desigual y asimétrica, sino también silenciosa, invisible y cotidiana³⁰.

El resultado de estas disputas se evidencia en el tipo de relaciones sociales que terminan por gestarse a partir de ellas, ya sea que transformen o bien reproduzcan aquellas que configuran su escenario de partida. Desde esta perspectiva, al hacer centro en el sujeto y en su capacidad para construir representaciones y usarlas expresivamente para afirmar su existencia en el mundo pues a través de la comunicación no sólo entiende al mundo, sino que el sujeto se entiende en él, la propuesta bio-histórica-fenomenológica de la comunicación se constituye no sólo como una alternativa epistemológica para el estudio de la comunicación a partir de su descripción ontológica como fenómeno, sino que se instala también como llave de acceso del análisis histórico-social, toda vez que hace de la proyección de los significados (lo que aquí se considera bajo la categoría de expresión) un aspecto central para comprender las formas históricas de constitución de la realidad social que, tal y como afirmaran Zemelman (2010) y De la Garza (2018), son a su vez formas históricas de constitución de los sujetos sociales.

Para Zemelman (1998) los sujetos sociales configuran un nodo indisoluble con la realidad social; se trata de una formulación relacional articulada a través de la acción, que es para el autor la encargada de concretar la realidad social vía la subjetividad. En la acción, los sujetos muestran su capacidad de transformación, conformada a su vez desde del eje límite-potencia, es decir, a partir de los constreñimientos y límites que el sujeto tiene y experimenta históricamente y la potencia que desarrolla más allá de ella, en otras palabras, más allá de un modo histórico específico de absorber, procesar y gestionar la experiencia social acumulada culturalmente y vivida de cotidianamente. Desde esta perspectiva, como se podrá notar, los sujetos sociales co-constituyen la realidad social a través de la manera en que su conciencia del mundo a través de la relación significación-representación se plasma en lo social vía la acción. Es precisamente esto lo que admite la utilidad de una perspectiva comunicativa de análisis para

³⁰Aquí aludimos a una conceptualización de lo histórico como lo que se fragua a partir de procesos que se ocultan a la mirada sistémica o estructural de la sociedad porque se hallan más bien dándose o gestándose —el gerundio es importante— al interior de las relaciones sociales.

las ciencias sociales, la cual es posible configurar a partir de la descripción ontológica de la comunicación como fenómeno expresivo.

En consecuencia, ello sirve de anclaje metodológico para el análisis histórico de lo social desde el análisis de la construcción (uso de recursos cognitivos) y expresión (uso proyectivo-discursivo) de las representaciones en disputa, entendiendo la expresión como la respuesta adaptativa del sujeto en términos de *decir*, o sea, de “sacar fuera” de sí su entendimiento del mundo, que es de alguna manera también el entendimiento del mundo del grupo o grupos sociales a los que pertenece, y que precisamente disputa, de forma consciente o inconsciente, a través de su *decir*, ya sea para reproducir o bien transformar el orden simbólico en el que se asienta el orden social donde ocupa una posición determinada como sujeto individual y colectivo en el mundo.

Como se podrá apreciar, la propuesta bio-histórica-fenomenológica de la comunicación parte de un concepto de sociedad que la entiende como un orden abierto, con autonomía funcional (Luhmann, 1996); pero este orden se estructura a lo Simmel (2014), es decir, por medio de las relaciones que tienen lugar entre los diferentes individuos. No se trata del sistema estructurante que “codifica” a los individuos subsumiéndolos en la espiral de lo institucional y lo colectivo, sino más bien de un orden que puede ser transformado precisamente a través de la acción “no ordenada” de estos individuos, para decirlo en términos rancierianos³¹. Desde esta concepción de sociedad, más propia del individualismo que del holismo metodológico³², la realidad social se fragua a partir de la dinámica de las relaciones sociales, entendiéndola como una lógica acotada y abierta simultáneamente, es decir, en tensión perenne entre dos lógicas contrapuestas: la lógica de la estructura

(fija, institucional, impermeable) y la lógica de la agencia (dinámica, cambiante y porosa).

Aunque no pretendemos meternos de lleno en la conceptualización de la agencia, resulta pertinente señalar aquí que entendemos la agencia más allá de los límites de la racionalidad desde la que hoy mayormente se entiende, que es la relación costo-beneficio que coloca a los incentivos como motivadores de la acción. En el entendido de que no hay racionalidad fuera de la emocionalidad (Maturana, 2015; Welsh, 1998; Damasio, 2016; Gallagher y Zahavi, 2013), cualquier acción y en particular la acción social, no puede ser concebida como un asunto de incentivos racionales solamente, sino más bien a través de resortes y pulsiones racionales fuertemente entrelazadas con los afectos que se movilizan de manera fundamental e ineludible con ellas³³. Así vista, afirmamos que la articulación estructura-agencia tiene una expresión en la tensión entre la dimensión social e individual del sujeto, misma que es posible advertir y comprender desde el análisis de la construcción y despliegue expresivo de las representaciones y significados que configuran la base de la acción y en particular de la acción social.

De esta manera, la propuesta bio-histórica-fenomenológica de la comunicación al posicionar la expresión como meollo de la definición del fenómeno comunicativo permite dar cuenta de la pertinencia de la perspectiva comunicativa de análisis para el análisis histórico de lo social. Esta perspectiva entiende a lo comunicativo como motor de lo social, literalmente como su combustible, ya que construye la dinámica social misma en su intrínseco y perenne movimiento.

Se trata, como se puede ver, de entender la realidad social como una totalidad concreta³⁴ (Zemelman, 2009)

³³El fenómeno del populismo, por ejemplo, ilustra muy bien la manera en que racionalidad y emocionalidad quedan imbricadas en la acción.

³⁴El concepto de totalidad concreta que aquí se rescata, se toma de la epistemología crítica zemelmaniana quien revitaliza una concepción histórico-dialéctica de la sociedad, asumiendo su movimiento constante. Desde el punto de vista de esta epistemología, la sociedad se configura bajo la forma de realidad social y esta realidad social se constituye desde la acción del presente de los sujetos sociales, la cual a su vez se halla acotada a la relación entre subjetividad y consciencia histórica por una parte, y entre este nodo de lo subjetivo-mental y las condiciones histórico sociales en las que se despliega, y por ello mismo siempre postulada como una acción inédita, azarosa, inconclusa e imprevisible, teóricamente hablando. El carácter dinámico e inédito de la realidad social desde la epistemología crítica descansa así en la idea de que la totalidad implica partir de pensar la acción como un conjunto de posibilidades donde unas son concretadas y otras no. Esa es la razón por la que el análisis histórico de lo social busca

³¹Este autor no habla de comunicación, sino de política, pero su concepción de la política como irrupción, como una especie de bullicio y desorden que permite el cambio social, resulta adecuada para referir la manera en que conceptualizamos aquí a la comunicación desde esa esencia dinámica e inacabada, siempre en movimiento y siempre en posibilidad de irrumpir en el orden dado, subvertirlo y transformarlo. Para mayor información se puede consultar la obra del autor: Rancière, J. (2007). En los bordes de lo político. Buenos Aires: La Cebra.

³²El holismo y el individualismo metodológico son dos enfoques o paradigmas teórico-metodológicos de la sociedad. Grosso modo, el holismo entiende la constitución de lo social desde la construcción que ejercen las estructuras sobre la acción del sujeto, el individualismo, en contraparte, defiende la postura contraria, o sea, que la acción de los individuos configura lo social.

donde la comunicación juega un papel fundamental en dicha concreción; de ahí que hablemos, junto a este autor, de una realidad social dándose en lo dado, y movilizadora a través de procesos de significación intersubjetivos e históricos que se dan precisamente, creemos, por medio de los procesos de convergencia expresiva. Desde esta perspectiva, entonces, la comunicación se configura como una instancia siempre dinámica y acotada históricamente para el despliegue de la subjetividad y la intersubjetividad en la que se disputan las representaciones que afirman y/o cuestionan de forma desnivelada y asimétrica el orden social, y de cuyo resultado, imprevisible en principio, depende la constitución históricamente posible de lo social³⁵; precisamente por ello es que consideramos a la comunicación como instancia metodológica para su comprensión.

4. Resumiendo

El campo de estudio sobre la comunicación se ha consolidado sin que ello haya supuesto un debate en torno a la ontología de la comunicación³⁶. Esto evidencia que el núcleo problemático del campo se halla en su incapacidad para entender que lo comunicativo está hecho de significados; una incapacidad que hemos reconocido desde el punto de vista histórico y que con el paso de los años sabemos que se ha ido

entender cuáles han sido las condiciones histórico-sociales y culturales que han permitido unas concreciones y no otras. Para ampliar esta información, ver nota 35.

³⁵Según Zemelman, la constitución históricamente posible de lo social describe el proceso mediante el que la acción social, acotada a ciertos actores y ciertas condiciones históricas, se fragua en perpetuo movimiento. Este movimiento constante está siempre dándose, de manera inacabada, dinámica y coyuntural. Cuando se habla de lo históricamente posible se describe a aquellas condiciones que revelan la potencialidad de la acción, pero cuando se habla de constitución de lo históricamente posible se busca describir la acción como ha sido históricamente posible, esto es: la acción como cristalización de todas o algunas de sus potencialidades.

³⁶En los hechos, eso ha implicado estudiar fenómenos sociales que aunque vinculados con los medios, en su gran mayoría no son en sí mismos comunicativos; es el caso del estudio del consumo mediático, por ejemplo, o el de las rutinas periodísticas, el uso de las redes sociodigitales y de los medios en general, los estudios sobre la identidad o la subjetividad, entre otros de la misma índole en los que desaparece del análisis la relación sujeto-expresión —dúpla indispensable de lo comunicativo. Exceptuamos de aquí, no obstante, aquellos estudios sobre representación mediática o discursiva en general, cuyo centro sea la representación o el discurso que es un ámbito de indagación sumamente marginal en el campo; pero hemos de señalar que en no pocas ocasiones, investigaciones que refieren a la relación entre spots políticos y votos, o a la representación mediática y su impacto en las relaciones de género, por poner sólo dos casos conocidos, estudian el impacto (los efectos) sin estudiar la representación, que es lo que desde nuestro punto de vista constituye en ese caso lo comunicativo. Esto último guarda relación con la nota 10.

horadando³⁷. No obstante estos esfuerzos, lo cierto es que a casi cien años de su institucionalización el campo de estudios sobre la comunicación carece de una reflexión sustantiva respecto a lo que la comunicación es, y ello impacta en la manera en que las investigaciones que hoy se realizan desde el campo, en su gran mayoría, no contribuyen a comprender la realidad social en su complejidad.

Si lo hacen, como ha sucedido también, estas investigaciones no resultan muy diferentes a otras que se articulan desde la sociología, la antropología, la ciencia política y la historia, por una parte, o la mirada de estudios desde posiciones no disciplinares como los estudios culturales, y otros en franca minoría como los del discurso o los visuales.

Ello ha supuesto una pérdida de la especificidad comunicativa que ha impedido que el campo de estudios de la comunicación construya una perspectiva propia para el análisis de los fenómenos sociales, evitando así duplicar conceptos y teorías de las ciencias sociales que resultan inoperantes para entender la naturaleza de lo comunicativo en sí mismo. La propuesta bio-histórica-fenomenológica de la comunicación corrige esta omisión, o al menos lo pretende; y lo hace a través de dotar al campo de una concepción de la comunicación como fenómeno expresivo, que construye a su vez una epistemología acorde a las propiedades ontológicas del fenómeno.

Ahora bien, entendiendo que comunicar es *decir* y que *decir* es proyectar representaciones y significados a través de usarlos para responder al estímulo que demanda la respuesta expresiva del sujeto, parece claro que la manera que la comunicación tiene de insertarse por derecho propio en el conjunto de las ciencias sociales es por medio del análisis de las interacciones comunicativas de los sujetos con sus entornos, ya que ello resulta útil a la comprensión de cómo se da y en qué consiste la disputa en torno a los significados que subyacen a la acción social. Este análisis de los significados/representaciones permite conocer la forma y el contenido que adquiere esta disputa, la litis simbólica que

³⁷Ilustrativo de ello es la búsqueda de conceptualizaciones a lo largo del tiempo que van más allá de los medios y del paradigma difusionista de la comunicación que lo ampara, como lo nombrara Galindo (2007). Entre ellos otros que también son marginales en el campo pero que engendran un trabajo de reconceptualización importante como el que han hecho Martín Serrano en España con su propuesta paleontológica de la comunicación, además de Galindo, Vidales y Fuentes en México, por ejemplo, a partir de la ingeniería de la comunicación, la cibersemiótica y la semiótica, respectivamente.

le subyace, y la intensidad, direccionalidad y sentido de las interacciones sociales al calor de esta, que es lo que desde una perspectiva de la realidad social como dándose en lo dado implica a la constitución de lo social como concreción de lo real históricamente posible (Zemelman, 2009, 2010).

Desde la propuesta bio-histórica-fenomenológica de la comunicación buscamos entender la comunicación como red, como una especie de lenguaje de la sociedad, ordenadora y reguladora incluso de las interacciones, que en la medida en que devengan prácticas resultan a su vez configuradoras de las relaciones sociales: una red configurante, a la manera del sentido operativo del parámetro zemelmaniano (contenidos de la consciencia histórica intersubjetiva). Esta noción de parámetro no está del todo claramente definida por el autor; sin embargo, aparece en su obra ligada, aunque sugerentemente no de manera exclusiva, al espacio y al tiempo, es decir, a los *a priori* kantianos del conocimiento, de modo que eso ofrece una pista de lo que describe.

En ese sentido, cuando hablamos de que la comunicación es una red configurante a la manera del parámetro zemelmaniano, decimos concretamente que la expresividad que constituye el atributo del expresar a través del decir (red) es el miasma de lo social en tanto constituye el caldo (sentido de lo configurante) en el que se cuece el sentido histórico e intersubjetivo orientador de la acción (parámetro). Su dinámica, que no es otra cosa que la lógica relacional-tensional de la sociedad que se moviliza a través de la tensión estructura-agencia, revela a su vez la manera en que los sujetos participan de los procesos que constituyen, históricamente hablando, la sociedad.

Un esbozo de las categorías que permitirían operar una perspectiva comunicativa de análisis como la propuesta, se sintetiza alrededor de las categorías de proyección y de uso, ambas reunidas a su vez en la categoría de expresión de significados/representaciones que es lo que hemos fincado conceptualmente como lo propiamente comunicativo. La categoría de proyección describe la necesidad del sujeto de afirmarse en su existencia individual por medio del decir, y la categoría de uso describe la manera en que el sujeto maneja o gestiona las representaciones/significados por medio de las cuales se afirma diciendo.

Así, mientras la proyección de significados/representaciones permite al sujeto responder al

estímulo que le demanda una respuesta expresiva, el uso de estos significados/representaciones le permite organizarlas estratégicamente para construir dicha respuesta en función de sus propios intereses y motivaciones ante el estímulo en cuestión.

Lógicamente, como se podrá inferir, la organización estratégica de los significados/representaciones se encuentra en relación directa con la proyección de los significados en cuestión, lo que depende de las condicionantes biológicas del sujeto, las potencialidades de su decir y los recursos o capitales que poseen y despliegan los sujetos que son los que habilitan el uso propiamente dicho para que la expresión adquiera la forma y el contenido que, en la situación en la que tiene lugar, la hace ser la materia viva de la disputa social por el sentido en la que cotidianamente, y casi sin darnos cuenta, participamos los seres humanos desde nuestra condición de seres sociales.

Referencias

- Beltrán, L.R. (1974). Communication Research in Latin America: the blind folded inquiry?. En *International Scientific Conference on Mass Communication and Social Consciousness in a Changing World*, IAMCR Leipzig, September, 17-20.
- Castilla del Pino, Carlos. (2010). *Teoría de los sentimientos*. México: Tusquets.
- Damasio, A. (2015). *Y el cerebro creó al hombre. ¿Cómo pudo el cerebro generar emociones, sentimientos, ideas y el yo?* México: Editorial Paidós Booket.
- Damasio, A. (2016). *En busca de Spinoza. Neurobiología de la emoción y los sentimientos*. México: Editorial Paidós Booket.
- De la Garza, E. (2018). *La metodología configuracionista de la investigación*. México: Gedisa.
- Di Paolo, Ezequiel, (2009), Extended life, *Topoi*, pp. 9-21.
- Di Paolo, E. (2015). El enactivismo y la naturalización de la mente. D.P. Chico y M.G. Bedia (coords.) *Nueva ciencia cognitiva. Hacia una teoría integral de la mente*. Madrid: Plaza y Valdés. Texto también disponible en línea en: https://ezequieldipaolo.files.wordpress.com/2011/10/e_nactivismo_e2.pdf
- Follari, R. (2000). Comunicología latinoamericana. Disciplina a la búsqueda de su objeto. *Fundamentos en Humanidades*, 1(1), enero-junio. Universidad de San Luis, San Luis, Argentina.
- Fuster, J. (2018). *Neurociencia. Los cimientos cerebrales de nuestra libertad*, 1era ed., Paidós, México.

- Galindo, J. (2007). Comunicología y epistemología: el tiempo y las dimensiones sistémicas de la información y la comunicación. *Estudios sobre las culturas contemporáneas*, Época II, Vol. XIII, núm. 26, diciembre, 9-24.
- Gallagher, Sh.; Zahavi, D. (2013). *La mente fenomenológica*, 3era ed., Alianza Editorial, Madrid.
- Luhmann, N. (1996). *Teoría de la sociedad y pedagogía*. Barcelona: Paidós.
- Martín Barbero, J. (2001). Deconstrucción de la crítica: nuevos itinerarios de la investigación. En M. I. Vassallo de Lopes R. Fuentes Navarro (comps.), *Comunicación, campo y objeto de estudio. Perspectivas reflexivas latinoamericanas*: (pp. 15-42). Guadalajara, ITESO / Universidad Autónoma de Aguascalientes/Universidad de Colima/ Universidad de Guadalajara.
- Maturana, H. (2015). *La objetividad, un argumento para obligar*. Buenos Aires: Granica.
- Maturana, H.; Varela, F. (2009). *El árbol del conocimiento*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Merleau-Ponty, M. (2002). *La fenomenología de la percepción*. Madrid: Editora Nacional.
- Mora, Francisco, (2005), *El reloj de la sabiduría. Tiempos y espacios en el crebro humano*, 2da. reimp., Alianza, Madrid.
- Moscovici, S. (2001). *Social representations: explorations in social psychology*. New York: New York University Press.
- Romeu, V. (2018). *El fenómeno comunicativo*. México: Editora Nómada.
- Romeu, V. (2019). *La comunicación viva. Reflexiones desde y para las Ciencias Sociales*. Barcelona: El Portal de la Comunicación, disponible en: <https://ddd.uab.cat/record/216458?ln=ca>
- Simmel, G. (2014). *Sociología: estudios sobre las formas de socialización*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Varela, F. (2005). *Conocer*. Barcelona: Gedisa.
- Weber, A. y Varela, F. (2002). Life after Kant: Natural Purposes and the Autopoietic Foundations of Biological Individuality. *Phenomenology and the Cognitive Sciences* 1, 97–125.
- Welsh, W. (1998). Rationality and reason today. En D. R. Gordon and J. Niznik (eds.) *Criticism and Defense of Rationality in Contemporary Philosophy*, 17-31. Amsterdam: Rodopi.
- Zemelman, H. (1999). *Sujeto: existencia y potencia*. Barcelona: Anthropos.
- Zemelman, H. (2009). *El uso crítico de la teoría. En torno a las funciones analíticas de la totalidad*. México: Instituto Politécnico Nacional.
- Zemelman, H. (2010). Sujeto y subjetividad: la problemática de las alternativas como construcción posible. *Polis, Revista de la Universidad Bolivariana* 27 (9), 355-366.